

PARA CONTRIBUIR DESDE MÉRIDA CON EL PAÍS QUE QUEREMOS

El Centro Gumilla nos invita a celebrar los 60 años de la revista SIC con una reflexión sobre el camino andado en la construcción del país que queremos y con la vista puesta en los horizontes que nos proponemos alcanzar como colectivo nacional. Asumir el reto significa poner por delante la percepción de las realizaciones colectivas, buscarle un porqué a los problemas y dificultades, e intentar proposiciones que sean coherentes y sobre todo posibles. El telón de fondo de estas reflexiones desde Mérida lo conforman los contenidos de la revista SIC N° 592, en particular el editorial y los artículos de Raúl González Fabre y Mercedes Pulido de Briceño.

1. La realidad merideña ha sido dibujada, generación tras generación, sobre el lienzo de su espectacular geografía. La obra comienza con la conquista, que apenas dejó unos trazos débiles de la cultura aborigen, borrada casi en su totalidad por el brochazo de aquellos siglos. De los primeros habitantes queda la palabra que le da nombre a sitios, lugares y objetos; alguna muestra de su cultura culinaria y artesanal y uno que otro rasgo en los rostros curtidos por el sol. La geografía es la primera protagonista que exhibe aquí todo su patrimonio de relieves, climas y colores, define los espacios que en conjunto contribuyen a modelar el carácter de quienes viven en ellos. Los páramos agrestes y misteriosos, profundos e infinitos, fríos y silenciosos, donde imponen sus señoríos el frailejón y la nieve, el viento y la piedra, la luz y el infinito. Los valles intramontanos guarnecidos de bosques nublados, ríos que se apresuran buscando el mar no sin antes dejar sus huellas, trágicas a veces, en laderas y gargantas. Montañas y más montañas formando un rosario que no termina nunca y que uno no sabe si ensartan o separan a los pueblos. Y, por fin, la alfombra verde del Sur del Lago de Maracaibo, fértil y caliente como ninguna otra tierra.

La gente del páramo lucha a brazo partido para domar el suelo y arrancarle las cosechas. Aprendió más tarde que temprano las técnicas de riego, preparación de la tierra, selección de semillas, uso de abonos y pesticidas, menos por efecto de los planes oficiales y más a consecuencia de la demostración de isleños e italianos. El campesino del páramo es un incansable trabajador que ha ido perdiendo la desconfianza en la técnica, apela a la organización comunitaria para unir esfuerzos en la búsqueda de soluciones efectivas a la problemática que le afecta, en particular la relacionada con la producción, con la salud y con la educación. Son hombres y mujeres con fe y practican su religiosidad guardando las formas tradicionales, en particular cuando cumplen con San Isidro y la Virgen

del Carmen. Tiene el campesino del páramo que defenderse del filoso cuchillo de sus ventiscas y del ardiente sol que clava sus inclementes rayos en la piel, que entonces es dura y curtida; por eso se refugia en las cocinas que se convierten en el primero y principal recinto de la casa. El parameño guarda y cultiva sus tradiciones, es familiar, de pocas palabras, resignado, poco amigo de los cambios. El páramo merideño se expresa en paisaje y tradición, papas y hortalizas, turismo. También es pobreza y, entre piedras y frailejones, muestra las contradicciones del modelo nacional.

La gente de los valles es distinta al parameño, porque el clima más benigno le permite salir y compartir con más frecuencia, dedicarse a otras cosas distintas a la siembra y a la cría. En estos valles se produce el fenómeno urbano con todo lo que ello significa: Mérida y Tovar son las de mayor dinamismo y las fraguas donde se ha templado la cultura que distingue al merideño. Con ellas, que asumen el liderazgo indiscutible pero sin competir, están Santa Cruz de Mora, La Azulita y Lagunillas. Las ciudades merideñas son mezclas contradictorias de estilos y texturas como cualesquiera de las ciudades del resto del país. Sólo uno que otro sector de Mérida y Tovar, así como los pueblos pequeños, permiten aún la lectura armoniosa de su diseño y arquitectura. En estas ciudades se asientan la Autoridad Eclesiástica, la Academia y el Gobierno, y en ellas funcionan la industria, el comercio y los servicios.

Los habitantes de los Pueblos del Sur tienen el empeñoso carácter de los parameños, pero hay siempre más alegría en sus rostros. En esas interminables montañas, la lucha por la supervivencia es tan dura como en el páramo, pero las condiciones climáticas son más benignas, las plantas fructifican pronto y la cercanía del llano barinés trae los aires distendidos de aquellos caracteres. La economía de estos pueblos es eminentemente agrícola, y sólo Canaguá ofrece un crecimiento urbano reciente. Casi todas las demás poblaciones siguen per-



Fortunato González Cruz

Mérida entró en la Venezuela Petrolera y se benefició del reparto de la riqueza en proporciones marginales como casi todo el interior del país, para terminar exhibiendo ahora las cifras de sus estadísticas, que la muestran tanto o más pobre que la media nacional



diendo población, que baja en la búsqueda de mejores condiciones de vida hacia los fértiles valles de Mérida y Barinas.

El pantanoso y selvático Sur del Lago dobló por fin su imponencia a la perseverancia de los hombres que tumbaron montes, dominaron las aguas, sembraron pastos y frutales y están ahora mismo construyendo las ciudades. Allí llegaron de todas partes para compartir calores y humedades con los negros de la guazábara y realizar la fascinante y dura tarea de construir una sociedad a la buena de Dios. El Vigía es la ciudad que concentra el poder económico, comercial, industrial, bancario, y ofrece excelentes perspectivas. Crece junto con Santa Elena de Arenales, Tucaní y Arapuey con una dinámica que sorprende y demanda actuaciones urbanísticas urgentes.

La diversidad geográfica y la especial vocación para el trabajo de los merideños han permitido que el Estado Mérida se coloque en el primer lugar en el país en la producción de hortalizas y tubérculos, y ocupe lugar destacado en frutas, café, plátanos, cacao, carne bovina y leche. Somos el principal Estado en la oferta de turismo cultural y de montaña y se avanza con seguridad en el desarrollo de la pequeña y mediana industria, la artesanía y en la oferta de servicios especializados.

2. El Estado Mérida, heterogéneo y característico es un complejo sistema social que tiene una lectura político-territorial con sus símbolos e instituciones, y se reconoce inserta en una realidad nacional mayor que se expresa en un idioma y una religión común, en una misma historia, en un mismo sentimiento de pertenencia y por lo tanto en una unidad social, cultural y política; también en símbolos e instituciones, normas y procedimientos, jefaturas y antesalas, recursos y esperanzas. Como la geografía, el Estado Venezolano nos impone sus reglas, potencia y limita a la vez; en fin, tiene sus significados y sus consecuencias.

3. Durante muchos años la Capital Federal estuvo demasiado lejos de Mérida, y los merideños preferían viajar a Santafé de Bogotá, a Maracaibo y a Europa. La lejanía de todas partes impuso un cierto aislamiento que determinó que los procesos culturales se desarrollaran más hacia adentro, con una cierta autarquía. Las guerras de Independencia y Federal golpearon menos a estas tierras y su gente, lo que significó para la ciudad capital la supervivencia de la vieja élite económico-política que continuó ejerciendo un liderazgo determinante hasta bien entrado el siglo XX.

La ciudad de Mérida comenzó a definir su vocación religiosa y educadora desde el siglo XVI, y poco a poco, lentamente, le fue imprimiendo más y más brillo a la luz que irradiaban sus claustros. Ella y sus pueblos fueron definiendo su discurso urbano a pulso de sus economías, ni más pobres ni más ricas unas que otras, dando respuestas adecuadas a las demandas de la población que se asentaba en pueblos que crecían más o menos al mismo ritmo hasta que llegó el vertiginoso siglo XX, el Estado petrolero, la modernidad, la competencia feroz, y el consumo. La riqueza y la pobreza antes repartidas de unos modos se comenzaron a repartir de otros, que establecieron mayores diferencias. Ya los pueblos no crecieron a la misma velocidad ni con la misma proporción, como tampoco las economías particulares. Mérida se integró a las otras regiones para formar un solo país nacional y crecer con él, al ritmo que impuso Caracas.

4. El Estado petrolero ha financiado la infraestructura básica del Estado Mérida con una estrategia administrativa que puso en manos del Poder Central el manejo de los recursos presupuestarios. Ello determinó el desplazamiento de los grupos de poder local y el debilitamiento de las instituciones públicas estatales y municipales, una mayor dependencia respecto del centro nacional de poder establecido en Caracas, y una mayor integración de Mérida al modelo nacional

centralizado. Desde el poder central, sin un proyecto claro y compartido, se comenzó a financiar todo tipo de iniciativas, obras y servicios; se montó una burocracia nacional en casi todos los centros poblados, se determinó una creciente dependencia de la población de las soluciones oficiales y en consecuencia el debilitamiento de las formas tradicionales de autoayuda. Los Municipios quedaron reducidos a la prestación de algunos servicios públicos, como cementerios, limpieza de caminos y aseo urbano y domiciliario. Todos los demás -acueductos, escuelas, dispensarios y hospitales, urbanismo, deporte y recreación, servicios a la producción y cualesquiera otros- fueron asumidos por el Poder Nacional, basado en su casi infinita capacidad de financiamiento y en el empobrecimiento de las haciendas públicas locales. Mérida entró en la Venezuela Petrolera y se benefició del reparto de la riqueza en proporciones marginales como casi todo el interior del país, para terminar exhibiendo ahora las cifras de sus estadísticas, que la muestran tanto o más pobre que la media nacional.

5. Integrada Mérida al proyecto nacional y habiendo gozado y sufrido de sus bondades, injusticias y problemas, se pretende ahora retomar las potencialidades determinadas por la geografía y por la historia. La crisis se presenta como un desafío a las capacidades regionales y así lo asume el colectivo merideño. La

Mérida es vanguardia nacional en educación, cultura, ciencia y tecnología, y percibimos estas materias como las bases de la transformación que queremos protagonizar en el siglo XXI

ineficiencia del Gobierno Nacional como prestador de servicios públicos y constructor de obras lo ha obligado a buscar fórmulas para trasladar responsabilidades a los Estados y Municipios, lo que constituye un reto que en Mérida se desea asumir, tal como lo demuestran las manifestaciones de voluntad de los actores políticos y sociales.

6. Los primeros efectos del proceso de descentralización se manifiestan en el fortalecimiento de las instituciones de gobierno y de sus haciendas, en el despertar de la imaginación de los gobernantes del Estado y de los Municipios para buscar nuevas formas de solución de los problemas y la prestación de los servicios, con una clara tendencia a incrementar los mecanismos de participación social y en la generación de liderazgos locales un poco menos dependientes de los partidos y de las direcciones nacionales. No obstante, aún se carga con los viejos fardos del populismo, del clientelismo y de la corrupción, factores que se constituyen en las primeras amenazas del modelo político descentralizado, por lo que se impone la realización de grandes esfuerzos para generar conductas colectivas que valoren el esfuerzo personal, la dignidad del trabajo, la ética del servicio público y los demás que son la base social que generan los auténticos mecanismos de control.

7. El escenario mundial y nacional se percibe favorable para que el Estado Mérida pueda desarrollar sus enormes potencialidades y alcanzar mejores niveles de vida con una mayor justicia en el reparto de la riqueza. La globalización impone unos patrones de producción, distribución y consumo y además unas exigentes demandas de conocimientos, eficiencia y competitividad que llega hasta los más apartados rincones de la geografía merideña. Pero a esta tendencia se contrapone la lugarización, término con el cual se quiere definir la revalorización de lo local que tiende a satisfacer las necesidades de la identidad per-

sonal y comunitaria y que se expresa en lo sociocultural en la vuelta a las tradiciones, a lo pequeño, a la medicina natural, a la singularidad, la diversidad, la defensa del ambiente; en lo económico, a la pequeña y mediana empresa, el desarrollo sostenible, la ecoproducción; en lo político, a la descentralización, los espacios provinciales y locales, y la superación del principio de la representación por el de la participación. En lo jurídico ya hay una brecha abierta en el viejo sistema del Derecho antropocéntrico y racionalista, y la filosofía vuelve sobre el humanismo cristiano en un afán de superación de las ideas que lo redujeron a un elemento que consume, para reponerlo con toda dignidad como actor de la obra creadora.

8. El país que queremos tiene que ser definido y construido desde todos los lugares, y no sólo desde Caracas, que ya tuvo durante mucho tiempo la hegemonía de la palabra. El Estado Centralizado y financiado por la riqueza petrolera tiene que cederle paso al principio de la subsidiaridad, que se expresa en la colocación de las competencias públicas en los adecuados niveles de eficiencia locales, nacionales y supranacionales. En este sentido, los merideños queremos participar en el diseño de las políticas y estrategias de desarrollo nacional que afecten nuestro destino común y nuestro propio desarrollo regional. Queremos un Estado Promotor que ni ahogue ni sustituya a las comunidades, a los gobiernos estatales y municipales, a las iniciativas particulares, ni impida nuevas formas de gestión de los servicios públicos, sino que por el contrario apoye y estimule las capacidades creativas que tienen en Mérida excelentes manifestaciones.

Queremos un país que valore nuestros esfuerzos por optar por un desarrollo centrado en la satisfacción de las necesidades humanas, y que asuma como instrumentos estratégicos a la cultura, la

educación, la ciencia y la tecnología; la producción agrícola alimentaria; la pequeña y mediana industria, y el turismo. Estas son las cosas que sabemos hacer mejor y constituyen las bases de un desarrollo a nuestra manera. Mérida es vanguardia nacional en educación, cultura, ciencia y tecnología, y percibimos estas materias como las bases de la transformación que queremos protagonizar en el siglo XXI.

Los objetivos que nos proponemos alcanzar son sencillos pero exigentes: queremos una familia merideña unida, estable, que cultive la cultura nacional y local, que ame el trabajo y sustente en él el bienestar personal de sus miembros. Por eso, aspiramos a una mejor educación, a un sistema de seguridad social que nos resguarde la salud y de los riesgos, viviendas dignas, y buenos servicios públicos. Queremos una comunidad que alcance mejores niveles de vida sin grandes desigualdades; por eso demandamos programas de promoción de las actividades productivas. Queremos disfrutar plenamente de nuestros espléndidos paisajes, y que todos los venezolanos vengamos a gozar con nosotros de nuestro patrimonio natural; por eso queremos un desarrollo que preserve la calidad ambiental y la enriquezca. Los merideños estamos prestos a participar en la construcción del país que todos los venezolanos queremos; por eso exigimos un nuevo modelo político que permita la participación y el aprovechamiento de nuestras instituciones políticas locales. Queremos un clima propicio para vivir tranquilos, estudiar y luchar, cultivar el espíritu y labrar un destino mejor; por eso demandamos un Estado Nacional fuerte y vigoroso, sometido al Derecho, capaz de conducir la sociedad global sin usurpar las funciones que le corresponden a las otras instancias territoriales de gobierno, que establezca un sistema jurídico que preserve la libertad y busque la justicia. □

Fortunato González C. es abogado, ex Alcalde de Mérida, y Director de CIEPROL-ULA.